

PETROS JARIS

LA ÚLTIMA NOCHE



Centro de Estudios Bizantinos,
Neogriegos y Chipriotas

PETROS JARIS

LA ÚLTIMA NOCHE

PETROS JARIS

LA ÚLTIMA
NOCHE

Traducción de
José Ruiz Luque



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos
Director de Serie: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN

Título original: Η τελευταία νύχτα της γῆς

Autor: Petros Jaris

Traducción: José Ruiz Luque

Nº en la serie: 6

pp.: 74

1. Literatura neogriega. 2. Relatos

© Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas
C/Gran Vía, nº 9-2ºA, 18001, Granada/ Fax: 958-220874
Maquetación y diseño: Jorge Lemus Pérez
ISBN: 978-84-95905-65-9

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.

La última noche de la tierra

Era la última casa de la calle. Después empezaba una ancha plaza, muy poblada de pinos, como un pequeño bosque en medio de las casas. El airecillo de la noche de primavera traía un fuerte olor a pino hasta las ventanas de las casas que se levantaban unas junto a otras alrededor de los árboles como si jugaran al corro. El cielo estaba despejado y la luna que había salido pronto arrojaba una copiosa luz plateada. Las estrellas que habían aparecido por encima de esta luz apenas si se distinguían...

El piso bajo de la casa de la esquina estaba completamente cerrado, pero por las persianas de las ventanas se filtraba luz. Sin embargo, en el interior no se notaba ningún movimiento. A lo largo de la calle, casi todas las casas aparecían silenciosas, pero iluminadas, como las tiendas de noche, en las calles comerciales.

En el piso de arriba, una de las ventanas que miraban al bosquecillo no tenía luz. Era la habitación de Aryiró, la criada de la casa. Sólo unos rayos de luna que llegaban muy cerca de la ventana en tinieblas, se deslizaban sobre la superficie de una tubería de hojalata que empezaba en la terraza y seguía fluyendo hasta el suelo. A través de la luz plateada, la tubería brillaba como una enorme serpiente que bajaba desde la terraza.

Todas las otras habitaciones aparecían profusamente iluminadas, como en una gran fiesta o en una repentina agitación. Y dentro se percibía un movimiento desacomtumbrado, palabras y avisos atropellados, como ocurre cuando nos disponemos a despedir a alguien.

Se abrió sin hacer ruido la puerta de la habitación que estaba a oscuras, y entró una joven alta, en traje de calle. Inmediatamente después se coló por ella un joven que por ir vestido de negro, apenas si se distinguía en la oscuridad de la habitación. Los dos manifestaban la misma inquietud; no hacían más que mirar hacia atrás, hacia la puerta.

Ella avanzó hasta la ventana y la abrió. El joven la siguió. Al resplandor de los rayos de la luna, sus bien peinados cabellos relucieron como si fueran de metal. Por unos instantes los dos permanecieron en silencio mirando hacia el exterior.

Alrededor, sobre las copas de los árboles, las ventanas de las casas de la plaza aparecían iluminadas. En las más grandes, se veía desde lejos el interior de las habitaciones entre formas indefinidas, borrosas. En la oscuridad que las circueja, los entornos luminosos eran como planos de cintas de cine de los que en verano se proyecta a la gente, a distancia, en las grandes plazas.

El olor a pino, con el airecillo, llegaba intenso desde el bosquecillo, como el olor de las algas con la brisa.

—¡Qué noche...! —murmuró ella, y cayó en honda ensoñación.

Y él, a poco, dijo quedamente, como si hablara consigo mismo:

—Te aseguro que a medida que avanza el tiempo, comienzo a dudar. Una catástrofe así no la puedo concebir sino en medio de una tempestad.

Abajo en la plaza se oyeron ruidos y palabras de gente que hablaba a la vez. Se asomaron para ver.

—¡Mira, mira! —le señaló él.

Pasaban juntos muchos hombres del pueblo y grupos de familias, cargados con cestos pequeños o con morrales de caza, como cuando se sale de excursión.

Permanecieron asomados, observándolos. De repente el movimiento en el interior de la casa se reanimó. Se vol-

vieron a escuchar. Luego se asomaron de nuevo a la ventana intentando distinguir entre las sombras del bosque a las personas que pasaban. Habían llegado a los últimos árboles y estaban entrando en la calle grande que conducía a una colina, fuera de la ciudad...

El airecillo empezó a arreciar pasando a través de las finas hojas de los pinos con un ligero silbido. Después se siguió un rumor, como un cuchicheo insidioso que te hace tener sospechas de todo lo que te rodea. El aire abrió algunas ventanas y la luz de gas bajaba y subía a los repentinos soplos. La plaza y el bosquecillo tomaron poco a poco un aspecto hostil, como sucede en los primeros atardeceres de otoño.

Quedaron sorprendidos ante el cambio del tiempo. Ella, como asustada, se acercó a él. A poco musitó:

—Los presagios...

Él se hecho a reír irónicamente, pero no halló palabras para tranquilizarla. Sólo la trajo hacia sí y la abrazó protectoramente.

—¿Qué hora es? —le preguntó ella a poco.

Él sacó el reloj a la luz de la luna. Eran las nueve y media.

—¿Y a qué hora dijo el Observatorio que pasará? —le volvió a preguntar.

Una voz sonora que pregonaba algo se oyó por la otra parte de la plaza, entre los árboles. Una voz en la noche, si no canta, siempre, siempre siembra inquietud.

Permanecieron abrazados y con los ojos vueltos hacia la voz. Las ráfagas de aire la traían de nuevo, más de cerca esta vez, pero rota e inarticulada, como un grito de angustia.

—Perseguirán a alguno... —murmuró ella aterrada, en los brazos de él.

—No lo creo —respondió él—. ¿No ves que está haciendo su guardia, impertérrito?

Más abajo, un guardia paseaba con pasos rítmicos, lentos, cual si quisiera hacer más pausados sus movimientos para que pasaran más rápidas sus horas de vigilancia.

La voz volvió a oírse más cerca. Se asomaron a la ventana. La oyeron otra vez, pero sin distinguir bien qué pregona. La tercera vez oyeron:

—¡Últimas noticias...! El cometa y...

Un chiquillo atravesó veloz por entre los árboles y se perdió corriendo por las calles que daban a la plaza.

—¡Un pilluelo! —balbuceó ella e hizo por retirarse un poco de los brazos de él, como si hubiera desaparecido el peligro.

Pero él la retuvo con más fuerza.

—En fin, ¿a qué hora pasará? —le preguntó otra vez.

—De dos y media a tres de la madrugada. Pero no te precipites. ¿No ves lo sereno que está el cielo?

Los dos alzaron los ojos. La luna, en medio del cielo despilfarraba sus tesoros de luz. Las estrellas se habían levantado más arriba aún, sobre la borrachera de luz de la luna. De muchas no sabrías si las veías o si recordabas, de las noches pasadas, su posición en el firmamento.

El movimiento en el interior de la casa se percibió de nuevo más vivo todavía, como cuando se dan los últimos encargos.

—Vamos —dijo ella—, y fue a soltarse de sus brazos. Ventrán a buscarnos.

Él la apretó más contra sí en un último esfuerzo.

—¡No creo que quieras que nos demos el último beso delante de los viejos!

Y la besó con fingida emoción.

Se volvieron para marchar sin cerrar la ventana, dejando entrar en la habitación los ruidos de la plaza. Antes de llegar a la puerta, la voz fuerte vino otra vez a sus oídos, llevada por el viento que arreciaba continuamente. La reconocieron en seguida.

«¡Últimas noticias...! ¡El cometa y el fin de la Tierra...!»
Salieron sin inmutarse.
Lo mismo da —dijo ella en el pasillo.

Cuando terminaron todos los preparativos y estaban a punto de bajar, la madre gritó, como si se hubiera acordado de algo en el último instante:

—¡Las luces! ¡Nos íbamos a ir con las luces encendidas!
¡Apagadlas todas, todas!

Mas nadie se movió a apagarlas. El padre los contuvo:

—Apagad solamente las de las habitaciones que no dan a la calle. Las otras, dejadlas.

Se había fijado en las ventanas iluminadas de las dos aceras de la calle y alrededor de la plaza, y consideró muy acertada esta precaución.

Aryiró corrió a las habitaciones del interior de la casa. Entonces la madre prosiguió en voz baja:

—¿Para qué quieres las luces, si se quedará ésta aquí?
Y señaló hacia donde se oían los pasos de Aryiró.

Los labios de todos se abrieron en una protesta, pero ninguno se atrevió a replicar. Bajaron los ojos confusos, como si se hubieran puesto de acuerdo para una mala acción. A poco, el que permanecía de pie al lado de su novio, el del traje negro, dijo en voz baja, como si no pudiera contenerse por más tiempo:

—¿Pero no es esto cruel, madre?

El padre carraspeó sin atreverse a mirar cara a cara a su hija. Después dio unos pasos, embarazosamente, adelante y atrás. La madre no pudo contestar de momento. Pero a poco los reconvino con voz ahogada:

—¿Es que queréis que cuando volvamos, encontremos la casa expoliada?

La madre no supo dar una respuesta inmediata, razonable. Se quedó pensando y a poco contestó con voz nada segura:

—¿Y si no pasa nada? Los ratones se aprovechan de estos días para hacer su agosto. ¿O es lo mismo que guarde la casa la luz que nuestra criada?

En la habitación de al lado se oyeron los pasos de Aryiró, apresurados, asustadizos, como cada vez que se hallaba a oscuras. Y casi al punto se sintió presa de un incontenible terror.

Todos quedaron inmóviles y silenciosos. Rehuían mirarla. Luego el padre avanzó hacia la salida y salió cabizbajo. Le siguió la hija con su novio. En la puerta se volvió y miró a Aryiró; los ojos se le empañaron, casi llorosos. Su madre comprendió y la empujó hacia afuera con una mirada severa, inflexible. Después se volvió hacia la criada. Pero Aryiró había comprendido ya, y su cara estaba airada, amenazante, como la de la fiera que notó el peligro.

Las dos mujeres se miraron como dos fieras salvajes a punto de acometerse. Empero Aryiró se calmó pronto y adquirió una actitud sumisa. Su señor alzó luego la cabeza y ordenó:

—Apaga las otras luces y enciende las de tu habitación.

No se atrevió a darle las buenas noches. Dio varias vueltas por la habitación, indecisa, y salió en un momento que no la miraba Aryiró. Se la oyó bajar aprisa por la escalera, espantada, como si temiera ser atacada...

Aryiró quedó unos instantes inmóvil, absorta. Cuando se dio cuenta de que estaba sola, pensó por qué habían huido todos de casa. Y se sintió poseída de un invencible terror contra el que comprendió que no podría luchar por mucho tiempo. Trató de recordar alguna cosa tranquilizadora. Pero de nuevo su inquietud se le convirtió en el estremecimiento que la dominaba a medianoche cuando tenía que quedarse sola en casa y oía las doce campanadas de los grandes relojes de Atenas, que venían de lejos, con su metálico son. Tenía la idea de que esta hora era una de las más peligrosas, como también creía que, en el momen-

to que tañían las campanas al mediodía se abrían los cielos para acoger todas las plegarias de los hombres.

Intentó recordar con viveza la hora de la medianoche para habituarse a la idea de la catástrofe. Sin embargo, el terror del primer momento retornaba mayor, a cada resistencia suya. Y se precipitó hacia adelante, atravesó la oscuridad del pasillo dando un pequeño grito y salió al balcón. Entonces se volvió y miró con desesperación a su alrededor, como el hombre que se hallaba en una casa alta rodeada de llamas y al que no le queda más que saltar por la ventana o por el balcón...

Aryiró se tranquilizó pronto. El airecillo frío le refrescó el encendido rostro. Luego oyó hablar abajo en la calle. Eran sus señores que todavía no se habían marchado. En un momento dado, la joven alta miró hacia atrás y vio a Aryiró en el balcón. Se volvió aprisa a los otros, les dijo algo y todos dejaron de hablar y se pusieron a caminar apresuradamente. A poco, llegaron a los últimos árboles de la plaza y entraron en la calle grande que llevaba a la alta colina fuera de la ciudad.

Aryiró los fue siguiendo con la vista con cierta esperanza. Pero ninguno se volvió a mirar.

De pronto salió de entre los árboles un grupo de gente sencilla que tomó por la calle grande. Iban también cargados con pequeños cestos y talegas. Unos pasos detrás los seguía un perro, al que de tiempo en tiempo, se volvían para llamarlo...

Entonces Aryiró dominada por una fuerte aflicción abandonó la idea que se le había ocurrido al último instante. Podía bajar por la escalera de servicio y huir. Pero cuando desaparecieron por la oscura entrada de la calle grande los dueños de su casa, sintió una inmensa congoja. Todo el amor que les tenía había huido con ellos.

La calle aparecía desierta y silenciosa en toda su extensión. De los árboles de la plaza vino una ventolera que

levantó un poco de polvo a lo largo de la calle, como si hubiera pasado a ras de tierra barriéndola. Después se siguió ese confuso rumor que tanto recelo produce...

A poco se percibió un chasquido de cristales, se apagó la luz en una ventana de las casas de abajo, de la acera de enfrente, y de nuevo apareció, como si cambiara de sitio. A su luz se movieron entonces el poste de telégrafos y la red del tendido eléctrico, que brillaron como si estuvieran mojados con la humedad de la noche.

Al oír el chasquido, Aryiró se volvió y sus ojos resplandecieron de pronto. Aguardó esperanzada, con el cuerpo tendido ansiosamente hacia aquella ventana. A poco se asomó a la ventana una cabeza de hombre que se proyectó enorme en la pared de la casa de enfrente. Miró calle arriba y calle abajo, hizo una señal perceptible al balcón y se metió dentro. Los cristales crujieron de nuevo y el poste telegráfico tembló otra vez, con los cables, en medio de la luz.

Del lado de la plaza vinieron rumores de palabras y de pasos. Aryiró se giró y miró. Otras personas con sus petates pasaban y se dirigían a la calle grande que llevaba a la colina alta, fuera de la ciudad. Pero esta vez Aryiró sintió alegría. También ella dentro de poco iba a tomar el camino hacia otra colina. Y se volvió con impaciencia hacia la ventana.

Por el otro extremo de la calle descendía lentamente un tranvía vacío. Ya no pasaba más gente. Y comenzó a sentir más impaciencia. El aire se había calmado, pero la noche era oscura. Miró hacia el lado de la plaza. El bosquecillo se había transformado en una mole oscura que le asustó de momento. Luego miró hacia arriba. El cielo sobre el bosque estaba cubierto de espesos nubarrones. Y la luna corría, corría siempre lejos de los nubarrones.

Las ventanas iluminadas entorno a la plaza y en las dos aceras de la calle brillaron con mayor viveza, como la luz

que encienden temprano en las casas y se va avivando a medida que oscurece. Al fin, un hombre joven apareció en la puerta de la casa a que miraba Aryiró. Bajó a la acera y cerró la puerta con un torpe movimiento. Después probó si había cerrado bien, empujando hacia adentro, con un empujón que más pareció una patada. Su vestimenta mostraba ser un criado que con los años había llegado a mayordomo de la casa. No llevaba la gorra con que acostumbraba a salir de paseo y el sombrero de fieltro no parecía apropiado a su cabeza.

Cuando llegó debajo del balcón, Aryiró le regañó por haber tardado y luego le invitó a subir. Él avanzó, torció la esquina y siguió por la acera de la casa que daba a la plaza. Algún aviso le debió de dar Aryiró a su espalda, pero él no se paró a oír. Abrió la puerta de reja de servicio y comenzó a subir por la escalera de caracol, que era de hierro.

Aryiró lo esperaba en lo alto de la escalera un poco perpleja. Cuando subió, le preguntó aún antes de que penetrara dentro:

—¿Y cómo sabías que tenías que venir por aquí?

Él adquirió de repente un aspecto sombrío. Le respondió bruscamente:

—Esperaba que te dejarían guardándoles la casa, como han hecho los míos conmigo, y los vi cuando se marchaban por la otra puerta después de cerrarla.

Aryiró musitó emocionada:

—Taso...

Y le apretó la mano con fuerza. Después experimentó un vivo arrepentimiento y bajó los ojos. Recordó que no había pensado en él luego, al punto que se vio dominada por aquella gran tristeza, producto de su falta de amor y de ternura. Se lo llevó dentro ocultando la emoción de sus ojos en la oscuridad del corredor.

La ventana de su habitación estaba todavía abierta, como la habían dejado los novios. La cerró y Taso encendió

una cerilla que acercó a una pequeña lámpara de petróleo. Después se sentó en una silla junto a la ventana.

Aryiró estaba extrañada de la serenidad de su amigo. Pasaba el tiempo fuera, la noche se hacía más oscura. Pero pensó que la habría visto con la ropa de casa y que esperaba a que se mudara. Y le preguntó si quería un café mientras ella se vestía.

—No tengo tanta prisa, le contestó.

Pareció que tenía algo más que decir, pero se contuvo.

Aryiró se extrañó de nuevo. Dijo algo entre dientes y salió.

Taso se volvió y miró afuera. Encendió un cigarro y se puso a pensar. Oscuridad por doquier. Solamente las ventanas alrededor de la plaza estaban iluminadas. Pero la oscuridad era mayor arriba en el cielo. Y sus ojos quedaron fijos durante un rato en la oscuridad del firmamento.

Aryiró volvió silenciosa con una bandejita en las manos. En la cocina había estado pensando en muchas cosas... Dejó la bandejita sobre la mesilla y aguardó. En la ventana, vuelto hacia los cristales, Taso permanecía siempre con los ojos fijos hacia arriba, hacia el cielo...

Ella se puso a mirarlo, sorprendida, tan absorto en su arrobamiento que parecía que soñaba. A ella, esta noche, él le pareció distinto. Y su desasosiego aumentaba sin cesar. Hizo ruido, cambió de sitio las sillas golpeando unas contra otras. Taso seguía mirando aún hacia arriba, siempre hacia arriba, al cielo en tinieblas...

Al fin ella se le acercó en la ventana.

Entonces él, con un brusco movimiento, alargó la mano y cogió la de ella. Se volvió y la miró unos instantes, pero la llama de sus ojos hizo que ella creyera que llevaba horas mirándola. Después le dijo con una voz débil, como cansado por una profunda desilusión:

—Pienso que será mejor que nos quedemos aquí...

Y la obligó a sentarse en una silla, frente a la suya, junto a la ventana. Pero ella se levantó luego, trajo la bandeja con

el café y la puso sobre un taburete a su lado. Después se sentó y aguardó con vaga inquietud, como cuando estamos solos con un hombre que nos han dicho que padece de repentinas crisis nerviosas.

Taso lo comprendió y se acercó más a ella. Le cogió las dos manos y dio a sus propios ojos una expresión de infantil sosiego.

Entonces Aryiró se tranquilizó un poco y le preguntó con su tono de voz juguetón a la vez que severo:

—¿Lo has dicho eso de veras? Yo no lo creo.

Taso la miró fijamente y sus ojos tomaron de nuevo aquella intensidad que a ella le causaba un vago desasosiego. Mas Aryiró pudo continuar:

—¿No ves? —le dijo— y le señaló afuera de los cristales al cielo oscuro.

Taso entonces saltó de su sitio y la atrajo hasta los cristales de la ventana. Le temblaba la mano sobre la de ella, como si le hubiera dado el ataque nervioso. La inclinación de su cuerpo y el dedo tendido en alto, hacia el cielo, indicaban que de un momento a otro iba a producirse la explosión. Pero se mantuvo bastante tiempo en esta actitud, como la tormenta que tarda en estallar.

—Por eso precisamente gritó luego señalando insistentemente al cielo.

Después dejó la mano de Aryiró, como si se le hubiera calmado el arrebato. Y pasados unos instantes, avanzó de nuevo hacia ella, con aquel gesto sumiso que siempre tomaba su pasión erótica antes de estallar.

—¿Sabes que ya nunca amanecerá? —le preguntó con ternura.

—Lo que sea de todos será también de nosotros, respondió ella en voz baja.

Se arrimó más a ella y empezó a hablarle quedamente, tiernamente, como en sus primeros encuentros amorosos. Y le hablaba, le hablaba, le seguía hablando...

Pasaba el tiempo y Aryiró escuchaba absorta, escuchaba como en un ensueño... Y cuando a tiempos, miraba a su alrededor, entornaba los ojos, como si intentara ver algo distinto de lo que acababa de ver. Vivía en otro mundo. Y él le hablaba, le hablaba... Al cabo de un rato, le pareció que no la quedaba ya ninguna duda y exclamó:

—¡Ven!...

Y cayó en sus brazos. Él susurró en sus oídos palabras amorosas y la atrajo hacia la cama. Aryiró no opuso resistencia alguna como si fuera hacer algo sin consecuencias...

Apagaron la lámpara y la oscuridad de la plaza penetró al punto, impetuosa, en la pequeña habitación. Con lo que desapareció la última vacilación y cualquier resistencia postrera. Esta oscuridad duraría hasta la hora en que pasaría el cometa y envolvería a la tierra en un gran incendio. Al que seguiría de nuevo la oscuridad, una oscuridad interminable que surgiría como aliento de las inmensas moles de ceniza.

Y se entregó el uno al otro aprisa, muy aprisa, como si temieran no poder acudir o llegar tarde a la última diana.

Entonces Aryiró se acordó de la joven alta y de su novio, el vestido de negro, que desperdiciaban las horas libres de su vida junto a los viejos.

Y se sintió íntimamente muy feliz, más feliz que ellos...

Pasada medianoche se levantó de nuevo aire que despejó el cielo.

Al fondo en el horizonte, las últimas nubes huían hacia el sur. La luna, que aquella noche había salido muy pronto, se había puesto ya y las estrellas descendían lentamente a sus puestos asignados como de costumbre.

Las ventanas en torno a la plaza y en las dos aceras de la calle alumbraban todavía vivamente como si estuvieran dispuestas a pasarse la noche en vela. Y con el aire se esparció de nuevo por la plaza el olor a pino.

Cuando Taso y Aryiró vieron a través de los cristales que la noche se hacía más clara, se levantaron inquietos de la cama y corrieron los dos a la ventana. Vieron el cielo, despejado ya; después se miraron el uno al otro con terror. Y en esa actitud permanecieron mucho tiempo, silenciosos, como el capitán de barco que observa con angustia el cambio del tiempo.

La noche de primavera acabó pronto, porque el día que iba a empezar era uno de los más grandes del año. La habitación de Aryiró miraba a oriente. Y el primer rosicler del horizonte cayó inmediatamente sobre los ojos de los enamorados. Entonces Aryiró estalló en un llanto inconsolable; Taso no daba crédito a sus ojos. Y abrió los cristales para ver mejor, para cerciorarse...

Las personas empezaron a regresar a sus casas. A una que pasaba por debajo de la ventana se la oyó decir que no había llegado a ver nada. Todas las demás le decían a voces que ellas sí habían visto el cometa.

—Su cola apareció a las tres menos diez exactamente, concretó uno.

Las luces de las ventanas de las casas de la plaza y de la calle comenzaron a perder claridad. El bosquecillo tomó un color verde intenso. El horizonte por la parte de oriente roseaba cada vez más. Y su fulgor bañaba de rosa las blancas paredes de la habitación, como si estuvieran revestidas de un fino papel rosado.

Aryiró redobló su llanto y Taso no daba crédito a sus ojos, no daba crédito a sus ojos, como si viera salir el sol por el ocaso.

Ciudad muerta

La primavera no había dejado de jaderar a su paso por el Ática. Eran las más dulces horas de abril, sus noches más culpables, pero en la gran ciudad se notaba, se palpaba un dolor ahogado en el silencio. Con él peleaba una sombra pesada que sin cesar descendía y caía sobre Atenas como las alas de una enorme ave de presa que se batía con la nueva luz que crecía, fulgía y se hacía aquí movimiento juvenil, allá color de alegría y de esperanza, más allá flor pronta a abrirse, a hablar con el hombre y a convertirlo en un niño despreocupado. La guerra acosaba, cerraba los corazones, pero abril, inconsciente, confiado, intentaba abrirlos, con sus dedos suaves. Y el alma se mecía entre el terror y la gozosa llamada y sólo, en las raíces que pronto salieron a flor de tierra y en los brotes que sin temor se abrieron, sólo allí hacía libremente su milagro la primavera. La tierra abría sus brazos a la gran fiesta, humeaba, exhalaba aromas de ansiedades amorosas y las penas del alma se hacían aún más abrumantes ante su incontenible alegría.

Atenas venía oyendo desde hacía días el paso feroz del que se aproximaba a sus puertas. Este paso se había detenido un poco en la Grecia de arriba, donde no pudo avanzar sin impedimento, donde se empapó de sangre y perdió alguna fuerza. Después caminó con mayor facilidad; pasó por ciudades grandes y pequeñas; subía, bajaba, y todos lo oían, todos medían su fuerza cada vez mayor, por sus recias pisadas, todos calculaban su distancia.

—¡Están en Livadiá!

—¡Qué va! ¡En Livadiá! ¿No oyes? ¡Han pasado ya de Tebas!

Eran los soldados invasores, armados de hierro, que no sabían de resistencia y que en dondequiera que pisaban, hacían temblar el continente entero. La noche estaba llena de estrellas, llena también de vaticinios escritos en sus resplandores y difíciles de leer, la noche que no tenía fin. ¿Quién podía pegar ojo? ¿Quién iba a permitir que le cogiera el sueño? Aquel paso feroz se había ya en latidos del corazón que no se podían calmar. Todos lo oían cada vez más cerca y la respiración adquiría el ritmo del caminante que se da prisa porque se siente amenazado. Cerraban los ojos y, al instante, se alzaban ante ellos mundos temerosos, toda esa barahúnda de monstruos terrestres y marinos que forjaba el gran terror. ¿Qué sería la vida bajo la dura bota del invasor? ¿Cuántos seguirían viviendo y a cuántos daría cabida la tierra? Y la noche avanzaba, se prolongaba el insomnio y a los pocos que se adormilaron llenaba la oscuridad de voces delirantes, de estertores, de gritos ahogados por terribles pesadillas.

Cuando amaneció, dejó de oírse el pesado caminar. Los soldados invasores habían llegado a las puertas de la ciudad, y esperaban que se levantara primero el sol, para que los viera bien, los admirara y diera mayor esplendor a sus armas. Querían que los acompañase a la ciudad todo el triunfo de la primavera.

Pasaban las horas, pasaban también los soldados invasores por las calles céntricas de Atenas montados en sus carros motorizados, y no veían un solo hombre, no oían ni una sola voz. Alzaban los ojos a las ventanas, a los balcones. Todos cerrados, todos desiertos; parecía como si la ciudad no hubiese despertado todavía. Y sólo las sombras que se adivinaban acá y allá, detrás de las persianas, les decían cómo los agarrotaba una argolla. Conocían bien esta argolla, la habían probado en otras ciudades griegas y de otros países y lo tenían muy en cuenta. Era el odio del esclavo que se oculta, pero que no cambia, que no se aviene a nada; odio poderoso y sagaz que es capaz de todo, desde

lo más fácil hasta lo más increíble, desde la venganza por la vida de un soldado hasta la muerte de todo un pueblo.

Dejaron los soldados invasores las grandes avenidas y se adentraron por las calles más pequeñas y más apartadas del centro; también allí buscaron a los habitantes de Atenas, buscaron la vida, pero tampoco la hallaron. Y como los árboles eran entonces escasos en las calles, la soledad parecía aún mayor. En una calle solitaria, junto al campo, con muchos árboles, te paras, entablas conversación con ellos, te distraes. Tienes vidas junto a ti, oyes respirar. Porque los árboles tienen alma y respiran. Pero en este desierto de Atenas el soldado invasor no percibía ni esta alma ni este aliento. Cuando se cansó de dar vueltas, solo, en medio de un silencio que puede no pusiera espanto en su arrogancia, pero que destilaba veneno en su sangre, tomó el camino de su cuartel y allí permaneció. Hasta mediodía. Hasta la tarde. Hasta el anochecer.

Y las ventanas seguían siempre cerradas. Encubrían el odio, pero manifestaban el inmenso dolor de la ciudad. Era vieja la costumbre. Casa que tenía un muerto, no abría sus ventanas. Y aquel día todas las casas de Atenas tenían un muerto, el mismo muerto. Y el llanto de todo el país llegaba incallable. Lloraban los griegos la perdida victoria, enterraba Atenas a todos sus muertos juntos y ella a su vez pasaba al yugo extranjero, que era peor que la muerte y más duro que las leyes de guerra en la batalla. Mas detrás de las ventanas cerradas, el odio se convertía en vida, las primeras voces de otra vida que acababa de empezar y que acababa de pronunciar sus primeros juramentos sagrados. El dolor cambiaba de intensidad de hora en hora, subía a la intransigencia y a la amenaza más irrefrenable; descendía a proyectos sobre una resistencia en masa, inmisericorde; tomaba mil formas, desde el más febril arrebató llegaba a la serena esperanza que sabe aguardar; desde el grito que acomete caía en el silencio que se hace arma segura y siniestra. Y eran tantos los

estados de cólera detrás de las ventanas cerradas, como las diferencias de edad. Y otras tantas eran las oposiciones provenientes de viejas costumbres, de inmutables tradiciones, de ideas que poco a poco se nos asientan en la mente con la fatiga cotidiana, con la necesidad, con la profesión. Y si ponías oído a muchas casas, te asustabas. Eran polvorines, a los que bastaba una chispa para hacerlos volar por los aires.

—Te lo digo y te lo repito, gritó el padre. Hoy la puerta no se va a abrir.

Pero al momento recibía, valiente, la respuesta del hijo menor:

—Si no me dejas, padre, que salga por la puerta, saltaré por la ventana. He dado mi palabra y la cumpliré.

Y el joven explicaba sin dejar hablar a ninguno. El plan lo tenían preparado desde hacía días los tres: Spiros, Grigoris y él. También tenían la bandera. Y al tiempo que los soldados invasores pasaran por la plaza Sintagma con los tanques, ellos la izarían en un asta bien alta en medio de la plaza y los tres se colocarían alrededor de ella, como guardianes impávidos y arrogantes. Y la bandera ondearía al aire primaveral y les gritaría: ¡Aunque la cruz gamada haya sido levantada en la Acrópolis, Grecia soy yo, yo!

El padre para ganar tiempo no se mostró airado. Abrió conversación y preguntó:

—¿Y quién tiene la bandera?

—Grigoris, respondió al punto el hijo.

—¿Y dónde os encontraréis los tres para izarla?

—En la plaza Sintagma.

—¿Y estás seguro que van a ir a la plaza Sintagma Spiros y Grigoris?

—Déjeme salir para traerle noticias enseguida.

La casa no estaba lejos de la plaza Sintagma. Los que debían estar ahora lejos eran los tanques y los soldados invasores que, después de pasar y de haberla visto solitaria, habían vuelto a los cuarteles.

—¡No, no! gritó enfurecido el hijo. Los tanques pasarán una y otra vez por el centro. Y si yo no salgo hoy de casa, no saldré ni mañana, ni pasado mañana, ni nunca. Y todos me podrán escupir a la cara. Toda la Facultad lo sabe y espera que icemos la bandera.

—Sí, la Facultad espera en su casa, murmuró el padre. Todos tus compañeros estarán ahora en sus casas.

—Siempre uno, dos o tres son los que toman la resolución y los otros esperan, gritó todavía más fuerte el estudiante.

Ninguno más tomaba parte en la discusión. Por vergüenza y también por cariño. El joven estudiante tenía razón. Había dado su palabra en la Facultad, y ahora debía ya estar en Sintagma. Nadie opinaba lo contrario. Pero ninguno lo quería sacrificar. Y todos sentían vergüenza y guardaban silencio. Y pasaba el tiempo. La casa se había convertido en una jaula de fieras. Los pasos del estudiante se oían nerviosos y desesperados. Como una acusación y un reto hacia los que le impedían aparecer como un hombre. El hijo mayor que lo vio pasear media hora, una hora, comprendió, y, no pudiendo contenerse, rompió el silencio:

—Oye lo que te digo. Si habías decidido cometer esa locura, debiste no venir anoche a casa. Pudiste dormir en alguna parte, por ahí, y esta mañana, hubieras estado libre para ir a la plaza Sintagma. Ahora la cosa cambia. Si sales a la calle y te pasa algo, nosotros seremos los cómplices.

Y preguntó a poco:

—¿Tus otros dos amigos han dormido en sus casas?

—¿Pues dónde querías que durmiesen?

Bueno, entonces puedes estar seguro de que ninguno ha ido a la plaza Sintagma.

Y como el estudiante no parecía estar de acuerdo ni detenía su deambular de fiera enjaulada, su hermano añadió:

—¿Tienen tus amigos padre?

La respuesta tardó en llegar:

—Lo tienen.

Entonces el hijo mayor prometió:

—Pues bien, si uno de tus amigos ha ido a la plaza Sintagma, yo, que juntamente con tu padre, soy responsable de tu retención aquí, iré mañana por la mañana a izar vuestra bandera a la puerta de la Comandancia alemana. Pase lo que pase.

—Grandes palabras, murmuró el estudiante.

—Ni grandes ni pequeñas, dijo el hermano bajando el tono de su voz. A ti y a tus amigos y a los demás de vuestra Facultad y de las otras Facultades de la Universidad os necesitamos para cosas más necesarias e importantes. No tardará en llegar vuestra hora. Tranquilízate.

El hermano mayor dejó transcurrir un rato. Hizo señas a los otros que permanecieran al margen de la discusión y, cuando el reloj de pared dio las once, se acercó al estudiante y le dijo en voz baja:

—¿Insistes en salir? Si no te crees lo que te he dicho, si dudas de que no voy a izar la bandera en la Comandancia alemana, diré a padre que te dé la llave. Lo convenceré.

El estudiante no habló. Sólo le señaló a su hermano mayor el reloj. Eran ya las 11.10.

La comida de mediodía los reunió otra vez a todos. Comían con la cabeza gacha como si hubieran cometido una mala acción y se avergonzaran de mirar el uno al otro. Sobre todo, no tenían ojos para mirar al estudiante. Y comían silenciosos, tragando sin masticar para terminar cuanto antes e irse cada uno a su cuarto, para quedarse solo, taparse la cara y llorar o rezar. Pero el estudiante se adelantó a preguntar:

—¿Están ahí los Deluqueos o se han ido?

—Están ahí, le dijo su madre sin mirarlo por miedo a entablar otra discusión que podía atormentar de nuevo las almas y echar sobre la casa más aflicción y más negrura.

Los Deluqueos vivían en la casa de enfrente y eran germanófilos de la otra época. No les unía, con los alemanes, intereses, como tantos y tantos otros, comerciantes, representantes de grandes Compañías, empresarios arriesgados y sin escrúpulos, con grandes ganancias; pero sentían admiración por los compatriotas de la reina desde los tiempos de la división nacional. Y eran testarudos. Sólo cuando aparecieron en la frontera los alemanes, sólo entonces, dejaron de hablar.

—¿Tú los has visto, madre?, volvió a preguntar el estudiante.

—Hoy no los he visto, pero anoche había luz en la casa. Corto silencio. Y de nuevo el estudiante:

—Puede que se hayan ido esta mañana temprano.

Entonces habló la hermana pequeña que iba todavía al colegio:

—No, están en casa.

El estudiante se extrañó del tono de su voz y desconfiado, preguntó:

—¿Y cómo lo sabes tú?

Y la pequeña que también tenía sus secretos y sus penas y su amor patrio, le dio una información que no admitía lugar a dudas:

—Desde muy temprano he estado mirando por entre las persianas a la puerta y ventanas y no ha salido nadie. Están dentro.

—Y añadió:

—El viernes pasado se tiraron de los pelos por los alemanes Tony y Marika. El director del Gimnasio las castigó a ambas con las expulsión.

Todos conocían a Tony, la hija de los Deluqueos, y a Marika, la nieta del vecino de abajo que había perdido a su hijo en los primeros días de la Guerra, y no preguntaron más. Y la madre puso punto final a la conversación:

—También ellos son griegos, hijo mío. Y les duele, y están avergonzados. Y puede que les duela mucho más que a nosotros, que no hemos sido chasqueados, que los conocíamos y no queríamos ni oír hablar de los amigos de los Deluqueos.

Todos se fueron a la siesta, pero ninguno pegó ojo. La siesta en primavera hace soñar en muchas cosas y no acaba pronto. Se convierte en un escalofrío que recorre todo el cuerpo y lo diluye en una dulce euforia de los sentidos. Pero esta tarde no se podía tener ni un sueño ligero ni pesado. Toda una ciudad aguzaba el oído y escuchaba, escuchaba, tratando de adivinar adonde iba tanto coche, tanto carro blindado como surcaba las calles solitarias, se daba cuenta de que reforzaban sus cadenas, poniendo aquí centinelas, allá trampas, más allá guardias escondidos. El enemigo veía en la soledad de las calles un odio exacerbado, y se hacía más cruel. Mas antes de llegar a pensar adonde podía alcanzar su odio tenebroso, todos se pusieron de pie saltando de la cama. Un zumbido que venía de lejos, aumentaba, se acercaba por momentos. Pocos instantes se requirieron para que comprendieran. Alas, muchas y potentes alas habían cubierto a Atenas y sin cesar descendían más bajo y se hacían más amenazadoras. Eran los aviones del enemigo, treinta, cuarenta, cincuenta, ochenta, que llegaban en oleadas y cubrían el cielo; innumerables alas enormes, amenazantes, negras, como un arrebato de ira que con dificultad se contiene para no convertirse en catástrofe, y más alas se diría que hacían juegos de acrobacia, como si quisieran divertir a los habitantes de Atenas, fascinarlos, seducirlos.

Las azoteas se llenaron de atenienses que en todo aquel día no habían visto el cielo; las aves de rapiña se enfurecían cada vez más y bajaban hasta los tejados haciendo alarde

de su fuerza y de nuevo se remontaban y tomaban altura y mugían y amenazaban. Los más viejos de la ciudad se imaginaban estar viendo el fin del mundo y los otros comprendían ahora cómo el enemigo había ganado la guerra hasta entonces; los niños pequeños se escondían dando gritos entre las faldas de sus madres cuando los inmensos pajarracos volaban muy bajo. Y no parecían dispuestos a plegar las alas, a marcharse. Hacían como que se alejaban, se empequeñecían en la lejanía, pero volvían otra vez, volvían con renovada violencia y parecían aún más grandes, fieras monstruosas, enormes, que no cabían en el cielo.

Este alarde de terror duró mucho, pero no produjo pánico. Los ojos de todos estaban fijos en lo alto, mas también sus almas estaban erguidas. Y cuando las alas de acero se cansaron ya y empezaron a marcharse y a desaparecer como puntos negros en el cielo, acababa el día, caían las primeras sombras del crepúsculo.

La primera en bajar de la azotea fue la hermana pequeña que les dio la noticia:

—¡Todavía siguen cerradas las ventanas!

Y era verdad. Los Deluqueos no habían abierto sus ventanas. Como tampoco las había abierto ninguna otra casa. Atenas continuaba con los ojos cerrados. Ni los quería abrir, ni quería ver al soldado invasor.

Pasaron las horas, vino la tarde, vino la noche. Que no se asemejaba a ninguna otra noche. Era el principio de una noche distinta, que nadie sabía cuánto duraría, cuántas calamidades traería encubiertas, cuántos lamentos oiría y qué amanecer traería aparejado.

El baile de un palikari

Unos pasos apresurados, un hombre o una mujer que se deslizan en el anochecer invernal, un automóvil con los faros apagados que no corre apenas, como si buscara la oscuridad insidiosa, y después, otra vez silencio, otra vez soledad, como si todo se escondiera, como si la helada hiciera contener la respiración. Y no iba todavía muy avanzada la noche, no había pasado aún una hora desde que el centro de Atenas estaba lleno de público.

Con la puesta del sol las calles quedaron desiertas. Los pájaros trazaron en el cielo sus últimos alegres aleteos y se recogieron en sus nidos. En Atenas las gentes marchaban aprisa hacia sus casas con negros pensamientos, con pensamientos más negros que la oscuridad de enero y el oscurecimiento impuesto a la ciudad que la completaba; se marchaban antes de la hora fijada por el conquistador.

Ni siquiera el amor daba muchos pasos por esta oscuridad. Otros atardeceres, otras noches habían echado de menos esta oscuridad, la esperaron con una bendición, como una protección. Ahora no había oscuridad para el amor. Se la habían repartido entre el soldado invasor y el esclavo. Y cada noche reñían sobre quién alcanzaría más parte, sobre quién haría hazañas que las viera el día sin avergonzarse. Entre tinieblas trabajaban la brocha y la pintura sobre las paredes dando consignas que brillaban por la mañana mucho más que el sol y que quitaban un poco de peso al alma. Pero eran también frecuentes y feroces los gritos; numerosas y pesadas las botas que perseguían y amenazaban; ni faltaba tampoco la sangre que no se cuidaba el conquistador de lavar de las calles y de las aceras, sangre

que se sorbía la tierra, pero que quedaba como un lamento interminable día y noche, cada hora y cada momento, y que oían los esclavizados, oía el soldado invasor, más el soldado invasor que se echaba a temblar bajo su soberbio uniforme, porque sabía él a quiénes llamaba la sangre, qué fuerza tiene la sangre.

Se abrió una puerta y se cerró al punto. La luz no llegó a saltar a la calle. Después apareció una bicicleta movida con dificultad por unos pies cansados, agotados. A poco, un hombre y una mujer, que caminaban resueltamente, sin demorar la marcha.

Salieron de la estrecha calleja que tiene por nombre el del antiguo Dios del fuego y en la que todo el día retumba con fragor el metal y su resistencia al martillo y al yunque, y pasaron por la plaza con su antigua iglesia y la mezquita convertida ahora en museo. Siguieron por la calle de enfrente que conduce a la plaza vecina, a la pequeña plaza Psirís, con su gran reloj que sólo andaba cuando él quería y como quería, y se convirtieron en sombras entre las tinieblas que se hicieron aún más negras entre las altas casas.

El cielo estaba bajo, muy bajo, sólo un palmo sobre los tejados; ni un rayo de luz se filtraba a través de los resquicios de las bien cerradas ventanas. Negrura y soledad; sólo el que conocía bien la calle, podía transitar por ella. Atenas respiraba ya fatigosamente. Era su segundo invierno de lucha contra la esclavitud que había caído sobre ella como un monstruo y miles de bocas y de garras rapaces; de día veía a sus hombres con los rostros pálidos y el caminar inseguro, hombres asustadizos, acosados, que hablaban en voz baja y no hacían más que preguntar e ir en busca de lo que vendían clandestinamente, aceite y pan, como el animal que no se cuida más que de hallar comida; de noche oía la pisada del soldado extranjero que se sentía cercado de odio y siempre tenía el dedo en el gatillo y que hacía de su lengua un aullido y una amenaza. Atenas oía también

las voces de los hambrientos con los pies hinchados y el último aliento en sus labios y esperaba ver otra vez por la mañana en las calles otros muertos y otros esqueletos y otras calamidades. Eran los cuerpos de unos palikaris con quien el soldado invasor se había batido y tiroteado en su ronda nocturna, en aquella ronda de la Muerte, y que gritaban más alto que el mayor megáfono y daban esperanza y seguridad a la ciudad de que la esclavitud no era sumisión, de que la noche cumplía su tarea con riesgo temerario, sí, pero con astucia.

Una calle como de quinientos metros separaba una plaza de otra. Y las dos sombras se hicieron una, se hicieron un paso, un deseo que acortaba aún más la poca distancia. Habían trabajado todo el día separados. Tenían al atardecer que vivir un poco juntos, aunque fuera debajo de una débil lámpara eléctrica o de un candil, o en la oscuridad de la calle. En la corta distancia hasta gustaron una vez el amor y lo sintieron ardiente en el calor de sus manos al abrazarse estrechamente, llegaron de nuevo adonde iban, se hicieron de nuevo dos sombras al pararse delante de un ancho hueco en el que había una escalera semioscura.

Bajaron los tres primeros escalones y se pararon un poco. Bajaron otros tres. Vieron en un rincón del sótano una mesa vacía, bajaron los restantes peldaños, avanzaron y se sentaron. Después pudieron ver todo el sótano que era la antigua taberna llamada la taberna de Psirís. Techo bajo, desiguales las baldosas del suelo, amplio espacio capaz de diez o doce mesas. Al fondo tres barriles sobre trípodes y al lado de éstos, un mostrador lleno de vasos de vino y de agua y tres o cuatro medias ocadas que iban llenas y volvían vacías. Y muchos hombres. Sólo hombres. Jóvenes y de avanzada edad, gente toda trabajadora, del duro jornal diario.

De la clase jornalera era también la pareja. Él, de unos treinta a treinta y dos años, fornido, alto, muy moreno, ca-

bellera espesa y muy negra, ojos oscuros que nunca miraban al suelo y con manos que decían a gritos el duro trabajo en que se empleaba, día tras día, pero que a la vez le daba vigor y virilidad. La muchacha era un puro gozo a su lado. Más joven, más fresca, unos diez años de diferencia, rubia y llenita de carnes, ojos grandes castaños que miraban fijamente, pero sin provocar, y manos que también debían estar muy avezadas al trabajo. Dos jóvenes que bajaban a beberse un vaso, a mirarse mucho a los ojos, lejos de las tinieblas invernales que fuera mordían y perseguían a los hombres.

La taberna es una linda cosa. Lo había dicho un cantante de la tierra; dicho exacto que él había hecho vida, que lo hacen vida y felicidad todos los verdaderos amigos de la taberna, la gente del pueblo, que miran el vaso que le han puesto delante, lo miran largo rato y nunca lo vacían de una vez, tienen pocas palabras y muy hondos sentimientos y que por horas y más horas que permanezcan en la taberna, es como si no ocuparan sitio en ella, a nadie miran con miradas insistentes o molestas, ni entablan fácilmente conversación con el del lado, aunque saben que está allí y ni tanto así empujan su silla hacia aquella parte, hacia el sitio que le corresponde a su vecino de mesa. Esta era la antigua taberna que ha resistido hasta los tiempos nuevos, que siguió sencilla y auténtica hasta la Segunda Guerra Mundial y que en los años de Ocupación sentaba todavía al pobre junto al rico, acercaba el hombre al hombre inundándolos de contenidas nostalgias y de cantares a media voz. Tenía también su gramófono, que en la taberna se llamaba fonógrafo y lo prefería con un gran altavoz de colores, que hacía de la sobriedad nobleza y ayudaba a aliviar al fatigado del peso del día.

La pareja comprendió al punto. Una mujer entre tantos hombres interrumpe siquiera sea por poco tiempo el orden de una taberna, aun pensando que las personas que

se hallan en ella no son fáciles a la ofensa, por más que les ronde por la cabeza. La pareja se dio cuenta de que cuantos la rodeaban le examinaban las manos buscando en sus dedos el anillo de oro del vínculo legal. Al no verlo, no manifestaron lo que pensaban; se llevaron el vaso a los labios y se removieron en sus sillas. Sólo eso.

Había, sin embargo, un grupo que a duras penas se podía contener más tiempo. Una mesa pequeña para cinco personas era demasiado poco, ni en el sótano había lugar para tanta añoranza como los ocupaba. Y todos eran muy jóvenes y tenían hambre, hambre de todo, sobre todo, de mujer, que les faltaba todavía más de noche, y la echaban de menos y la cantaban y la soñaban. Habían puesto el fonógrafo para que cantara sus cuitas, con voces roncadas, apasionadas; cambiaban los discos, bebían, picaban alguna cosa, una oliva, alguna verdura, un pizco de pan, que era mitad serrín y mitad maíz, y más discos y más penas en sus cantares, llenos de pasión y de súplicas a la bella, a cualquier chica bonita, y más nostalgia. Guardaron también un secreto, un valioso secreto oculto en una servilleta. No hacían más que mirarlo, que defenderlo con los ojos y nadie alargaba a él la mano. Parecían esperar algo del tabernero, de su pequeña y pobre cocina; entonces sería llegada la hora de levantar la servilleta y aparecer reluciente el tesoro.

No obstante, cuando la pareja bajó al sótano, ellos no pudieron aguardar más. Se olvidaron de su hambre y dejaron indefenso el tesoro que cubría la servilleta; ahora todos se pusieron, con los ojos, a buscar, a medir, a pesar a acariciar, a comerse a la chica.

La afrenta era manifiesta, y pronto se convirtió en una provocación para la pareja. En un peligro para todos, para los que estaban cerca y para los que estaban más lejos, para toda la taberna, capaz de prender fuego en los excitados ánimos como un incendio de gasolina o de petróleo. Se levantó uno, colocó en el fonógrafo una canción popular, que era

también un baile lento, varonil, difícil, y en momentos hasta salvaje, de un salto se halló en medio del sótano, donde ya lo esperaba otro del grupo e inmediatamente comenzaron a hacer alarde de su arte y de su hombría, a mirar sin cesar a la muchacha y a acercarse a su mesa. Los dos jóvenes eran hombres que sabían bailar, que sabían ejecutar las piruetas más difíciles y más artísticas, y las exhibían mucho, las prolongaban como el cantante veterano mantiene mucho tiempo su última nota para recoger los aplausos.

La pareja observaba. Quiero decir, observaba él, que ella había bajado los ojos como si dijera a los bailarines que se estaban cansando inútilmente. Comprendía que el mal venía derecho sobre ellos, lo tenían ya cerca, tocándolos. Conocía a su hombre, temblaba.

Se oyeron unas pisadas pausadas arriba, en la abertura; después empezaron a bajar cinco o seis botas. El tabernero paró el fonógrafo, los dos bailarines se quedaron con una pierna en alto y se volvieron a su mesa. Un soldado extranjero apareció armado y amenazador y tras él un segundo y un tercero. Bajaron todos los peldaños, sin saludar, echaron escrutadoras miradas, no tenían motivo para refunfuñar. Una hora más podían los esclavos moverse por la gran cárcel que era su ciudad. El primero miró a su reloj, dirigió una severa mirada al tabernero, le recordó cuándo debía cerrar, se volvió de espaldas. Y subió lenta y solemnemente los escalones. Y con él, los otros dos.

El sótano respiró, pero no era ya lo mismo. El aire se había hecho ahora pesado, era el aire de la esclavitud el que había bajado al sótano y que pesaba sobre los pechos como una losa. Ni los bailarines se levantaron ya, ni el tabernero puso otro disco. Pero se movió la pareja. Él se incorporó y la chica hizo por sujetarlo. No pudo. Él le echó una mirada que significaba muchas cosas y avanzó hacia el fonógrafo. El disco estaba en su sitio; puso la aguja y comenzó el mismo baile, el mismo canto doliente.

Con el primer salto, los dejó a todos clavados en sus asientos, incluso hasta los dos jóvenes que habían bailado primero y a cualquiera que hubiera querido levantarse. Y al punto todo el lugar fue suyo. No se dio prisa por dar los saltos que muestran sólo fuerza. Su cuerpo erecto, alto como un joven ciprés que no acaba donde acaba su cima, sino mucho más arriba, allí donde puede elevarlo el ímpetu de su juventud, preparaba el gran instante del baile con juegos lentos y difíciles. Pasos pequeños, todos siempre iguales, todos siempre firmes, fina labor de taracea sobre las duras baldosas, piernas largas, capaces de seguir fácilmente cualquier ritmo, hasta el más ligero y el más alocado, e incluso de superarlo, talle inmóvil, como eje que mantiene en equilibrio fuerzas contrarias e indisciplinadas y brazos que a la vez que parecían ejercitados y aptos para dar batalla a todos los hombres de la taberna, no suponían un peso para el cuerpo.

El disco avanzaba en el fonógrafo y la preparación no parecía iba a terminar. Pero se paró un instante la aguja, el cantante tomó aliento, después subió de tono y atrajo a sí al bailarín. Y entonces que no cabía en el sótano su fuerza y su arte. Sus largas piernas lo sacudieron hacia arriba, faltando poco para que topara la cabeza con el techo; lo bajaron, otra vez lo subieron, golpearon fuertemente en las baldosas cerciorándose de su resistencia, mantuvieron al bailarín presa de la embriaguez. Saltaba hacia el cielo, caía a tierra, no veía nada, no atendía a nada, vivía su gallardía y su arte. Todo había desaparecido a su alrededor, todo se reducía a él y a su baile. Sólo lanzó una mirada. Vio a la muchacha, vio sus ojos más grandes aún para dar cabida en ellos a su orgullo y a su amor. Sólo eso, nada más; ni otra mirada ni otra preocupación. El bailarín se había olvidado ya de los que habían bailado antes y que le habían obligado a levantarse a él, pero ni una mirada para ellos. No estaban ya en la taberna, no estaban frente a su mesa. Ni él siquiera

estaba en la taberna. Solamente el disco tenía menos resistencia que el bailarín y se había parado. Pero por poco tiempo. El joven de un brinco se acercó al fonógrafo, cambió de sitio la aguja y empezó otra vez los pequeños pasos, los que habían servido de preparación a lo que la taberna había visto y no se hartaba de ver.

La admiración crecía, crecía continuamente; en la taberna cesó todo movimiento; todos contuvieron la respiración. Pero de repente, surgió lo angustioso, brotó un chorro de sudor en cada frente. De nuevo se había vuelto a oír en los escalones superiores del sótano una bota. Y no tardó en aparecer el soldado invasor. Mas el disco continuaba y el bailarín hizo como que no había visto. Ninguna turbación hubo en sus pies, ninguna vacilación. Los demás que habían visto, se miraron, fueron a levantarse, a levantar la aguja, a parar el baile, pero no se atrevieron. Se comprende que no sabía qué era lo que importaba más. El soldado era el conquistador, el bailarín todo un hombre que no aguantaba mucho.

Y permanecieron en su sitio. Sólo cuando se dieron cuenta, se tranquilizaron. El soldado invasor no era como los de antes. No llevaba armas. Ni era torva su mirada. Al no hallar una mesa vacía, se retiró a un rincón, se sentó en una silla, se desplomó extenuado, con la cabeza baja, abrumado por siniestros pensamientos. El tabernero puso delante de él un taburete grande, luego le llevó un vaso y media ocada de vino. Y le dijo dos o tres palabras en su lengua. Se ve que sabía algunas palabras con las que se entendía con cuantos soldados extranjeros bajaban al sótano.

El disco había girado más de la mitad y se daba prisa por completar su exhibición. Sus largas piernas se hicieron de nuevo ritmo, cada movimiento suyo decía a voces que sólo un hombre vigoroso y adiestrado era capaz de bailar así, de mantener por dos veces su cuerpo en un enardecimiento tal. Porque fuego debía de arder bajo el bailarín, que no dejaba pisar el suelo, fuego que le punzaba, que lo

quemaba, pero también que lo hacía de acero indestructible. Aunque la chica esperara encogida y orgullosa a la vez, en un rincón de la taberna, de allí venía el fuego, de allí la fuerza. Llena estaba la taberna, pero sólo dos se destacaban entre todos, dos que se habían hecho uno y que jugaban en aquel momento el juego del amor y del pundonor, y todos y todo lo demás desaparecía a su alrededor.

¿Cuánto dura un disco en un gramófono? Aquel disco y aquel bailarín eran todo el mundo y todo el tiempo sin principio ni fin. Y la taberna se olvidó de su esclavitud, de las privaciones y las calamidades que habían caído sobre el pequeño país, víctima de dos colosos civilizados y de otro mundo que luchaba hasta morir. Y cuando acabó el baile, fue como si se despertara de un sueño que había durado horas, muchas horas. Hubo un momento de silencio como si la taberna hubiese quedado vacía. Después se llenó de un fuerte aplauso sobre el que se alzó un grito sonoro, que era aprobación y estallido.

—¡Viva el gallardo mozo!

Y luego otro aplauso, más fuerte aún, el aplauso del triunfo.

El joven volvió a su mesa, tranquilamente, sencillamente. Para la mesa de los dos que habían bailado antes que él sólo tuvo una mirada. Sólo eso. La chica le tendió la mano y la unió a la de él delante de los demás. Sólo esto. Lo conocía bien, y no se atrevió a más. No podía olvidar un dicho suyo: Un hombre y una mujer, cuando se quieren de verdad, no hacen teatro de su amor. Todo lo demás se queda para los pisaverdes.

La noche avanzaba. La taberna se olvidaba de la hora, se olvidaba hasta de sus penas. El tabernero llegó a la mesa de los cinco hombres un plato hondo que humeaba: ellos llenaron sus vasos, alzaron la servilleta y apareció el tesoro reluciente. Un pan blanquísimo, tentación y sorpresa, quizás toda una historia, quizás toda una arriesgada aventura.

Aquel pan no había salido de horno griego, ni estaba destinado a dientes griegos. Había pasado por muchas manos antes de llegar hasta allí, y lo contemplaban, lo miraban con admiración sobre su mesa como un prodigio, cuando alrededor de él faltaba ya incluso aquella pella de barro, la borona, que ni los animales de las casas se atrevían a probar. Lo dividieron en ocho trozos, llamaron al tabernero, le dieron tres y le dijeron que se quedara con uno y que los otros dos se los llevara a la pareja junto con vino.

El ofrecimiento era de buena voluntad. Y el bailarín no podía negarse a aceptarlo. El pan no es nunca una ofensa. Es amistad y puede ser rendición. Y no se equivocaron. Aquel hombre difícil vio, comprendió y aceptó aquella señal de sumisión; entonces dirigió una mirada hacia la mesa de enfrente y levantó el vaso. Pero solamente él. No la muchacha. Y sin que él se lo dijera. Ella conocía a su hombre, sabía lo que significaba el pan y el vino. Era por el hombre que había bailado de modo que no se decidiera otro a levantarse de su silla.

Y la noche avanzaba continuamente. Y las penas se encendían más y más, las mismas en todas las mesas, las mismas en todos los corazones, las penas del esclavo. También ardía y se inflamaba otra pena, solitaria ésta y silenciosa. Era la del soldado extranjero que estaba sentado aparte, delante del taburete alto. No hacía más que beber. Hubiera querido hablar, desahogarse, ¿pero con quién hacerlo? El tabernero le había dicho todas las palabras que sabía en su idioma, quién sabe si no sabía ninguna más. Y el soldado bebía, bebía sin cesar. Y cuando el tabernero le llevó otra media ocada, lo abrazó, le dijo algo al oído y le dio un beso. Pero había dicho su secreto y no podía ya permanecer más en la taberna. Sólo una palabra había dicho al tabernero, palabra que lo turbaba, lo quemaba, lo echaba de allí.

Se levantó, con dificultad se podía mantener de pie; saludó —fijándose uno bien se veía que no daba las buenas noches, sino que se despedía para un viaje— subió despa-

cio los escalones. El tabernero lo ayudó, lo condujo hasta arriba y cuando volvió, se puso en medio de la taberna, miró una a una a las mesas y en su cara había mucho dolor:

—También éste se va, murmuró.

Y añadió por lo que había entendido con las cuatro o cinco palabras que sabía y con los gestos con que el soldado extranjero las completaba:

—Mañana marcha a Stalingrado.

Y otra vez la guerra bajó al sótano. Se apagó el buen humor y todos miraron perplejos a sus relojes. ¿Cómo se marcharían ahora, cómo volverían a la oscuridad, qué malhadados encuentros podían tener? La hora de la libertad había pasado. Eran las once y cuarto.

Todos de pie, todos indecisos, se miraban entre sí, sin articular palabra. Pensaban y su pensamiento no quedaba oculto. Arriba, en las calles pequeñas y grandes, Atenas era una oscuridad compacta, un océano de tinieblas, lleno de fieras con las fauces abiertas. Los soldados invasores habrían ya partido para su ronda nocturna con el oído aguzado y el dedo en el gatillo. Pero no era posible quedarse hasta la mañana en la taberna.

Entonces comenzaron las conversaciones en voz baja tratando de ponerse de acuerdo desesperadamente. Contaban las calles por las que convenía pasar, las comparaban con otras, preferían las apartadas del centro, en todas partes veían peligro. Y seguían irresolutos.

Pero ya no tenían más que pensar. Tenían que oír, que oír lo que ocultaba la oscuridad. Y hubo silencio en el sótano. Todos de pie, todos dispuestos a subir las escaleras, y todos, inmóviles y vacilantes. Y todos con unos oídos que querían ser ojos, para ver afuera, para ver lo más lejos que se pudiera.

Pasaron aún diez, veinte minutos. Nada. Ningún ruido, ni una pisada, ni un crujido, como si Atenas no alentara siquiera durante el sueño, como si fuera una ciudad muer-

ta. Pasaron otros veinte minutos más. El mismo silencio, la misma inmovilidad. Entonces aparecieron los primeros atrevidos. Eran los cinco jóvenes del pan blanco. Y la pareja. Llegaron a juntarse en el primer escalón, pero el grupo se hizo aprisa a un lado para que subiera primero la pareja. Cuando se ha bailado como bailó aquel hombre, se tiene derecho a pasar delante, aunque vaya a caer también el primero en el feroz mar de la noche, en medio de aquella oscuridad que esperaba afuera como una trampa de muerte.

Subió la pareja, subieron los cinco jóvenes. Después fueron subiendo los demás. Y uno de los últimos, al dar las buenas noches al tabernero, quiso decir un chiste, pero no hizo sino llenar de hielo el sótano:

Sólo que no nos hemos contado, para ver cuántos quedamos mañana.

Luces en el mar

El islote vivía olvidado de Dios y de los hombres. Hasta lo tenían olvidado los soldados invasores. Los primeros días de la Ocupación, fueron al puertecillo y pusieron en él a dos hombres bien armados, de guarnición, pero a poco se los llevaron y dejaron al islote flotando entre el mar y cielo, quedando todo en su sitio.

La pequeña isla estaba también olvidada en los buenos tiempos.

—Se ve que estamos en una línea sin vida.

Decían todos explicando así la soledad del puerto. Y no querían pensar nada más. Porque, ¿para qué hacerlo? ¿Es que habían llegado hasta allí hombres para verlos, conocerlos, amarlos o quizás hasta aborrecerlos? No vivirían en la isla arriba de doscientas cincuenta a trescientas almas, un sargento de brigada, que era la autoridad mayor y un telegrafista que hablaba con los vientos y con las nubes, y les decía lo que pasaba en el resto del mundo, como si fuera un mago o un profeta.

Sus dos únicos caiques, en tiempo de paz, llevaban a vender algunas cosas por las islas cercanas y llegaban alguna vez hasta el Píreo trayendo algo. Pero los caiques estaban ahora amarrados. Algunas veces, muy de tiempo en tiempo hacían pequeñas salidas para pescar, pero regresaban pronto a puerto. Había soledad en el mar, tanta soledad que ponía espanto. Ni una huella de humo, ni una vela, ni un ala. Era el mar antiguo, el mar antiquísimo, el mar anterior al hombre. Solitario, inmenso, libre de esclavitud, de día. Y de noche, él y la luna o él y la oscuridad, en una conversación, como aquellas que tenían en los primeros

días de la creación, los elementos y las fuerzas del mundo, y que el oído del hombre no había percibido aún y cuyo sentido está todavía el alma por descifrar.

Pronto se dieron cuenta en la isla de que tendrían que pasar la guerra con lo que había en ella, con lo que daba la tierra. Y que se tendrían que dar por contentos con saber lo que ocurría en el resto de Grecia. Desde luego que lo iban a pasar mal, que iban a carecer de esto y de aquello, pero no morirían de hambre. Sólo la enfermedad les aterraba. Pero también en tiempo de paz rara vez acudían a tiempo con el enfermo que estaba en peligro. El vapor tardaba en pasar, el caique tardaba en salir. Pensando en lo difícil de la empresa no tomaban una pronta decisión y muchas veces, cuando llegaban a la ciudad, ya no había salvación para el enfermo.

Estaban, pues, solos en la isla, lejos de la guerra, lejos también de los hombres. Ellos y el telegrafista. Ellos, el telegrafista que les hablaba a tiempos de la despiadada fiera en que se había convertido el hombre de Occidente y en Oriente, en los grandes y en los pequeños frente de la guerra y Dios que los protegía y que cerraba sus ojos tras sus pacíficas vidas. El sargento de brigada estaba ya sin poder. Y si quería gritar no podía, no tenía fuerzas. Comía también él el poco pan de la isla y no estaba para gastar sus fuerzas en gritos y en amenazas. A poco perdió también su autoridad el telegrafista. Su equipo sufrió una avería y cerró su oficina, dejó de ser el mayo y el profeta. Y quedó cortado el solo hilo que unía la isla con el resto del mundo. Y llegaron las noches llenas de extraños ensueños; vinieron días en los que los más viejos explicaban ensueños con presagios sobre la guerra, el hambre y las calamidades que habían caído sobre el mundo.

Muchos meses después, aparecieron de nuevo los soldados invasores. Estuvieron un poco en la isla, refirieron

algunas cosas —o sea, las contó uno de los nuestros que los acompañaba y que conocía su lengua; sólo dejaron esta orden:

—¡De noche ni una sola luz! ¡Ni un cigarro encendido!

Llegaron al amanecer y se fueron cuando anocheecía. Su pequeño vaporcito se perdió pronto en la oscuridad.

Preguntaron al sargento que había cruzado algunas palabras con ellos. No supieron nada. Fueron a saludar y a preguntar al pope. Nada de nada. Preguntaron al Secretario de la Comunidad que se presentó para decirles: «El Presidente está en cama.» Ni pío. Vinieron con la boca cerrada, se fueron con la boca cerrada. Con todo algo dijeron: en el lugar seguía la guerra. Y de seguro seguiría en el otro mundo, donde había tierra y mar y hombres.

Y los sueños poblaron de nuevo las noches, que de día, se convertían en esperanza o en pánico, y la isla seguía esperando, esperando, esperando, se acostumbró a esperar y dejó de preguntarle incluso al mar que, sin duda, debía de oír y de saber muchas cosas, pero que seguía con la boca cerrada y no consentía que aparecieran sus secretos en sus grandes ojos ni cuando eran azules y serenos, ni cuando parpadeaban y se ponían verdes ni cuando la ira los hacía entenebreecer.

Los días invernales pasaban aprisa, pero las noches no tenían fin. Ni con los ensueños tenían fin, incapaces de llenar tantas horas, las lentas horas de las noches de diciembre y de enero. Las pequeñas casas, todas hacinadas delante y alrededor del puerto como una reunión de gente dispuesta para cualquier hora difícil. Y el puerto, desierto. Unas cuantas barcas varadas en la arena, los dos caiques, amarrados y el viento, ahora suave, ahora fuerte, en conversación o en complicidad con el mar y con los mástiles.

Serían las diez de la noche, hora muy avanzada para la isla y la agitación se apoderó de ellos al segundo sueño. Los despertó la campana de la iglesia que tocaba como si les dijera:

—¡Levantaos! ¡Corred! ¡Daos prisa!

Todos corrieron vestidos de cualquier manera, y se encontraron con un mozo encaramado en el campanario dando esta desenfrenada señal de alarma.

—¡Oh el muy loco!

Era Vangelis, el tonto del pueblo, que no tenía casa ni casi ropa con que cubrirse, y que dormía unas veces aquí y otras allí viviendo del corrusco de pan que le daban, hoy éste y mañana aquél. Los primeros que llegaron se lanzaron enfurecidos tras él para bajarlo de allá arriba y enseñarle a dormir de noche sin alborotar. Los detuvo el pope que también iba corriendo entre los demás sin sotana, sin bonete.

—¡Un instante!

Y mirando hacia arriba, al campanario, ordenó:

—¡Baja, Vangelis!

Éste miró a los que esperaban abajo furiosos y que aumentaban más y más, dudó un momento y bajó. El pope con el brazo extendido, los mantuvo a distancia.

—¿Qué te ha pasado, Vangelis?

—¡Un barco, padrecito, un barco! Lo he visto con mis propios ojos, lo he visto claramente y por eso he tocado la campana para que lo vieran también los demás.

No aguardaron más. Dejaron a Vangelis y corrieron al puerto. Y con ellos otros muchos que habían despertado con las campanadas y acudían también alarmados y asustados. Y tras ellos el pope y Vangelis.

En el puerto se congregó un grupo grande de gente, todo el pueblo. Todos convertidos en ojos, ojos isleños que saben escudriñar en la noche, sobre todo, en la noche del mar.

Reinó un silencio. También estaba en silencio el mar que apenas se movía, como si lo despertara también a él la campana. La oscuridad era espesa tanto que hasta una chispa se podía distinguir. Pero nada, ni esa chispa siquiera se percibía, no ya un barco, todo un barco iluminado. Se

miraron los unos a los otros para cerciorarse de que no se equivocaban, y se enfurecieron otra vez. Pero no estaba sólo con ellos Vangelis. Lo estaba también el pope que sabía que se las tenía que ver con un chiflado.

—¿Dónde ves el barco?, le preguntó con severidad que a duras penas no se convertía en cólera.

—No lo veo ya, padrecito.

—¿Pues dónde lo viste?

—¡Allí, padrecito, allí!

Y señaló a la izquierda, al fondo, a la línea que seguían los barcos cuando pasaban de higos a brevas por la isla.

Miraban intentando distinguir algo, pero no percibían nada. Y el pope que comprendió el mal que pudo ocurrir aquella noche ante la ira de tantos hombres, se esforzó por excusar a Vangelis:

—¿Viste de verdad el barco o se te antojó? ¿Estabas despierto o soñabas?

—Lo he visto, padrecito, te digo que lo he visto.

—¿Y desde dónde lo has visto?

—Desde la ventana grande del almacén.

Quería decir desde la ventana de la casa medio derruida en donde se cobijaba aquel invierno Vangelis.

—¿Y cómo lo has visto? ¿No dormías a esa hora?

—No dormía, padrecito.

Y más por lo bajo:

—Me dolía el estómago. Desde anteayer no he comido.

No necesitó de más la protección del pope. De dos en dos, de tres en tres fueron dando la espalda al mar, se marcharon, se fueron yendo a ver en sueños el barco que no habían visto despiertos desde la playa.

No había pasado una semana y la noche se llenó otra vez de campanadas. No dejaron todos la cama, pero los que lo hicieron corrían dispuestos a coger a Vangelis y atarlo como a un loco. Pero cuando llegaron a la iglesia, no daban crédito a lo que veían, no podían entender lo que oían.

—¡Lo he visto! gritaba desde el campanario Xristos, un mozo bien fornido, parco en el hablar y uno de los más trabajadores del pueblo. Lo he visto; era un barco grande con muchas, muchas luces.

Xristos no estaba tocado. Pero cuando fue al puerto con todos los que se habían despertado y venido corriendo, al no ver nada, ni siquiera un rayo de luz, poco le faltó para perder el juicio.

—Serían sirenas que pasaban a lo lejos, sacó en conclusión un anciano. Ea, chicos, vámonos a dormir.

Pero Xristos no se movió, no quitaba los ojos del mar, de la oscuridad. Y si no hubiera sido por los amigos que consiguieron llevárselo con ellos, hubiera permanecido allí en medio de la oscuridad hasta la mañana. Él había visto el barco, podía jurarlo, poner la mano en el fuego. Pero ante los otros el barco se esfumaba, no veía nada, no sabía decir adonde exactamente lo había visto.

A la mañana siguiente supo Xristos que el pueblo lo miraba ya con otros ojos. Bien está que a Vangelis se le antojara, que subiera al campanario a tocar las campanas. ¡Pero que hiciera lo mismo Xristos! ¡Caro lo iba a pagar! No habían, sin embargo, pasados diez días cuando Augusto dejó tamañico a Xristos. También éste subió al campanario y se puso a tañer a medianoche. Y todos que despiertan de nuevo aunque fueron pocos los que acudieron esta vez. Pero Augusto que era testarudo no se fue de la playa hasta el amanecer. Él había visto el barco. Y aquel barco no pasaba por alta mar, venía hacia la isla, venía derecho hacia el puertecito.

En la isla no había más «tonto» que Vangelis. Ni había fantasmas ni sirenas. El barco era el primer fantasma que turbaba sus sueños. Hablaron de exorcizarlo, de rociar el puerto con agua bendita, para que se fuera lejos, muy lejos, a otros mares. Así hablaron, pero después de pensarlo, hubo vacilaciones. ¿Qué era aquel barco y por qué le tenían miedo?

—¿No nos vendrá la libertad en barco, un barco de los nuestros, con todas sus luces encendidas?

Lo dijo el pope y estuvo de acuerdo con él el sargento. La isla se calmó. Quedaban también en calma las noches, hasta las noches que tocaba la campana. Y estas noches no eran pocas. Después de Augusto, subieron al campanario otros dieciocho, entre jóvenes y viejos del pueblo, que no tenían nada de «grillados», que estaban en sus cabales. Y lo habían visto de verdad, habían visto claramente al barco; hasta te podían decir cuántas luces tenía y qué rumbo llevaba.

Pasaban los meses de la esclavitud, pasaban los años. La isla seguía olvidada de los soldados extranjeros, olvidada de las demás personas. Pero la campana no dejó de sonar. Las noches de invierno y de verano, en primavera y en otoño. El barco lo veía siempre uno solo, pero dejaban de verlo todos a la vez. Pero estaban convencidos de que un día o una noche lo verían todos juntos. Y esperaban...

El patio embrujado

En aquella estrecha calleja de barrio, la casa más antigua —la habían habitado por lo menos tres generaciones— era un sótano con una pequeña fachada y sólo dos ventanas. Desde afuera se tomaría por una sola vivienda. Estaba cerrada y como inhabitada. Pero si preguntabas quién vivía en aquella casa, te dirían:

—¿Dentro o fuera?

Entonces uno se daba cuenta de que sobre el tejado del sótano se erguía arrogante un plátano que diríase lo habían ido levantando todos los que vivían en la «casa de dentro», para recordar que detrás de la estrecha fachada, vivían también otras personas. Y lo habían levantando como un grito, como una llamada al transeúnte.

Aquella «casa de dentro» era todo un mundo oculto, una verdadera casa de vecinos que habitaban en dos largas hileras de cuartuchos uniformes con un gran patio en el centro. En el fondo tenían el indispensable retrete, siempre limpio y, junto a él, un oscuro cuarto amplio y embaldosado que lo alquilaban para almacén. Por este patio de vecinos habían pasado personas de todas clases. Honrados caseros, que volvían derechos del trabajo a su casa, y que después de cenar, de la mesa se iban seguidos a la cama. Hombres laboriosos que se ocupaban de su numerosa familia, sin olvidarse de sus amigos. Gentes pobres que apenas se las valían para ganarse el pan de cada día, y otras, que a veces se acostaban sin comer o con el estómago medio vacío.

El patio tenían una larga historia, como todos los sitios que han sido habitados por muchos y que han sido testigos

de alegrías y de penas de gentes y de épocas. De esta historia hablaban muchos, pero entera y en todos sus detalles sólo la sabía la vieja Marigó que la conservaba en su memoria y en sus conversaciones, con un cuidado grande, con un empeño evidente, como un precioso manuscrito y título de propiedad sobre aquel trozo de tierra en el que pasaba sus últimos días. Era la persona más antigua de la vivienda, anciana de setenta y cinco años, sola en el mundo, solitaria y desamparada, a la que el casero la dejaba sin pagar alquiler, en un cuartillo que, además, le hubiera sido difícil de arrendar.

Había pasado en aquel cuchitril más de cuarenta años. Y recordaba, siempre recordaba a hombres, mujeres y niños, a todos por su nombre, a algunos hasta con sus apodos, incluso a los que sólo habían vivido unos cuantos días en el patio. Sobre todo se acordaba y traía a cuento las grandes riñas que habían tenido lugar por motivos de amoríos. Dos hombres habían acuchillado a sus mujeres a las que habían seducido los guapos del patio y estaban todavía en la cárcel. Cinco o seis se habían separado. Había otros que se desahogaban con una buena paliza o dando fuertes gritos que llegaban hasta la «casa de fuera» llamando la atención al policía de guardia.

Aunque viviera otros tantos años, la vieja Marigó siempre tendría más y más cosas que decir, y aún le quedarían más cosas que contar. Las noches de verano que las mujeres se reunían a las puertas del patio o debajo del plátano, ella daba comienzo a sus historias y no terminaba antes de medianoche.

Una noche, una de las mujeres que era nueva en el patio y la oía por primera vez contar sus historias, quiso hallar una excusa para las que habían tenido algún tropiezo.

—¿Qué culpa tienen las desgraciadas? —dijo—. Parece que lo retrae esta casa.

Entonces la vieja Marigó se enfadó mucho. Le habían hablado mal de la casa, que era toda su vida. Y abriendo la

boca, dijo cosas que hicieron enrojecer de vergüenza a las mujeres.

—No te digo que no, se vio obligada a admitir al final la que había querido criticar a la casa. Pero cuando la mujer quiere, el mal no tarda en venir.

De las demás mujeres ninguna habló palabra. Admitieron la acusación y dejaron a la vieja Marigó que siguiera contándoles historias, multitud de historias de amor que habían revolucionado el patio desde que hicieron la casa, «el patio embrujado», como musitó la mujer que oía aquellas historias por primera vez.

Aquella noche el patio había quedado pronto en calma. Eran las primeras noches de invierno y después de las diez no se veían luz en ninguna ventana. Después de cenar, todos se iban a acostar, a gozar del calorcillo de la cama. Hacían muchas reflexiones, forjaban luchas entre personas y circunstancias, pero cada noche, en otoño y en invierno, con el tiempo en calma, con viento, con lluvia o con nieve, cerraban los ojos con la misma conclusión: la cama es el solo bien que le queda al pobre, el solo bien seguro y abundante.

A las diez el patio estaba sumido en la oscuridad y en el silencio. Solamente un leve airecillo empezó a jugar con las hojas del plátano y a llenar el patio de un rumor parecido al jadeo de las personas que dormían desde hacía rato en los oscuros cuartuchos. A las once y media vino el último vecino del patio y se cerró el portalón de la calle. Era tanta la calma que el rezagado, un obrero de pesados zapatos, pasó pisando de puntillas para no despertar a nadie. Cuando abrió su puerta, se oyó un chirrido. Y a poco apareció en las persianas de su ventana una débil luz. Era la luz de la vela que quedó encendida lo que se necesita para desnudarse un hombre cansado que quiere meterse en la cama cuanto antes. Y el patio volvió de nuevo a su oscuridad. Pero el retrasado, sin darse cuenta, había dado

la señal. Una persiana chirrió y una puerta se abrió tímidamente, quedamente.

A la noche le quedaban aún muchas horas. Y los que esperaban la señal no se dieron prisa. Pasó un cuarto de hora y en el patio no se oyó ni una tos. Sólo llegaban algunos ruidos de la calle grande y ruidosa que se cruzaba con la calleja. Pero también éstos llegaban apagados, como ecos. El patio yacía cercado del silencio invernal que reinaba en todo el barrio. Y este silencio infundía ánimos a la par que aterraba a los que esperaban detrás de una persiana y de una puerta del patio.

Al fin, uno se atrevió. Abrió su puerta, echó una rápida ojeada alrededor y salió al corredor. En la oscuridad sólo se percibió que era hombre. Se detuvo un instante, aguzó el oído y escuchó. Después levantó la puerta y avanzó hacia el fondo del patio.

Se conocía que sabía bien adonde iba. Pasó cerca de las ventanas que, mudas y oscuras, protegían el descanso del sueño invernal y, en cada una, se paraba un poco a escuchar. En todas partes calma. Sólo en una le pareció haber oído hablar. Pero en aquel cuarto vivía un viejo que todos sabían deliraba en sueños.

Y avanzó. El último de la fila era el cuchitril de la vieja Marigó. Y después el almacén. Allí se paró. Se sacó del bolsillo una llave pequeña, palpó en la puerta del almacén y en lugar de la cerradura halló un candado. Abrió y pasó adentro como un inquilino. Que verdaderamente lo era.

Vendía heno, cebada, maíz, comida para animales y para aves. Y su tienda la tenía dos callejuelas más abajo, junto a una plaza que se había convertido en parada de carros. Pero su tienda era pequeña y había alquilado aquel almacén que siempre estaba lleno de heno. Dejó entreabierta la puerta y esperó sentado sobre un fardo. Y mientras aguardaba, tenía clavados los ojos en una puerta, en el otro extremo del patio. Viendo que no debía encender un cigarro

entre aquellas hierbas que prenden fuego más que si fueran pólvora, cada minuto que pasaba le parecía una hora.

A poco se oyó algo. Era la persiana que había sonado cuando se apagó la vela del retrasado. Esto le dio ánimo. Era buena señal. Pero cuando pasó cierto tiempo y la puerta permanecía bien cerrada, dio otro sentido al chirrido. ¿Acaso quería decir que no debía esperar y que la persona que velaba detrás de la persiana, la había cerrado para irse a dormir? Este pensamiento lo alborotó, y comenzó a ir y venir por el almacén. Sus pasos eran tan pesados y agitados que de no pisar sobre heno esparcido en el suelo se hubieran oído lejos despertando a alguno. Entonces en medio de su apuro, encendió un cigarro. Sólo se cuidó de tirar la cerilla por el ventanuco del almacén, fuera, al patio.

Y esperaba con una idea que se había convertido en el enigma y que lo atormentaba. ¿Qué quería decir el chirrido de la persiana? ¿Que se fuera o que esperara? Intentó excluir todo aquello que no podía significar la señal. Y aunque las ideas que atormentaban su mente eran tantas que le bastarían a un sabio para hacer un invento, no lograban dar una respuesta positiva a su sencillo enigma. Sabía muy bien quién esperaba detrás de la persiana y se esforzaba por explicarse, dado su carácter y sus costumbres, por qué la dejó chirriar. Y proseguía pretendiendo darse explicaciones probables. Pero esto no era suficiente, no era nada. Porque no le hacían falta muchas explicaciones, sino una, la que le dijera si convenía seguir esperando o volverse a la cama. Y mientras cansado por la espera, estaba fumando, con los ojos medio cerrados, el tercer cigarro, oyó pasos que se acercaban al almacén. Dio un salto y se puso a mirar por la ventana para asegurarse. Su estatura era la de ella, su andar también.

Tiró el cigarro y corrió a la puerta. Junto con ésta, le abrió también sus brazos. Se oyeron dos o tres palabras de amor en el silencio. Y un beso. Después nada, nada más.

De tiempo en tiempo sólo un ligero crujir de heno que se había convertido en blanco colchón y en susurro de amor.

Cuando se percataron del peligro que los rodeaba, el patio entero estaba delante de la puerta del almacén. Hombres, mujeres y niños, unos, descalzos y otros a medio vestir, miraban sin decidirse a actuar. Uno preguntó:

—¿Cómo diablo se le prendió fuego?

Pero nadie le prestó oídos ni le respondió. Sí lo oyó el que estaba dentro del almacén, se acordó del cigarro encendido que había tirado y barbotó una terrible blasfemia.

En el patio, ahora daban voces y gesticulaban y todos sacaban de sus cuartos latas, cántaros y barreños que se los pasaban de mano en mano a los que se habían atrevido a aproximarse al almacén en llamas.

Uno corrió a telefonar al cuerpo de Bomberos, pues sabían que el almacén estaba lleno de heno y hacían lo que podían para reducir el incendio que había empezado a propagarse a las habitaciones cercanas. Y como el ventanuco era pequeño, y la puerta estaba cerrada, no podían formarse idea de cómo dos personas se debatían dentro entre la muerte y la vergüenza.

Él, apenas se dio cuenta del fuego, se levantó del heno, la levantó a ella y se la llevó hacia la puerta. Pero en el umbral ella se detuvo. A través de una rendija, vio a todo el patio en pie y tuvo miedo. Entonces, él que veía cómo los iba cercando el fuego, hizo por sacarla afuera a la fuerza. Pero ella se resistió con todas sus fuerzas, se desprendió de los brazos de él y cayó sobre los fardos en los que ya había prendido el fuego.

—¡Huye! ¡Huye tú solo! —le gritó. Yo no salgo. Huye tú. Yo prefiero quemarme viva antes que salir contigo de aquí adentro, en presencia de todos éstos!

Y señaló hacia el patio, en donde reinaba el pánico.

Él no respondió, sino que se abalanzó sobre ella para

sacarla afuera llevada en sus brazos. Pero entonces tuvo lugar una terrible refriega, porque la resistencia de la mujer, que prefería la muerte a la deshonra, era enorme. Le daba la manera de zafarse de sus brazos y escapar el que en medio del fuego y por lo estrecho del almacén, no conseguía emplearse con toda su fuerza. Pero las llamas que no perdían tiempo, apretaban más el cerco y poco a poco les habrían cerrado la salida.

—¡Te dejaré y me iré yo! —la amenazó.

—¡Vete! ¡Yo no salgo al patio!

Y había en sus palabras tanta decisión que él la soltó, abrió la puerta y saltó afuera.

—¡Hay otro dentro! —gritó al saltar fuera del almacén.

Esperaba que alguno correría, atrevido, a ayudar. Pero los hombres del patio lo miraban como a un fantasma, y permanecían en sus puestos. Y no es que temieran al fuego. Dos o tres eran, además, animosos y forzudos. Pero no daban crédito a sus ojos, no podían explicarse cómo había escapado de las llamas.

Él, que los veía permanecer inmóviles, tomó su perplejidad por cobardía y les gritó como si los injuriara.

—¡Pardiez, que se está quemando una persona dentro!

Entonces despertaron de su sueño. Cuatro o cinco a la vez se lanzaron hacia el almacén y entraron dentro como unos arriesgados bomberos.

Era el momento. La mujer que luchaba con el fuego había empezado a dar gritos de dolor.

Cuando cayó de nuevo la oscuridad sobre el patio, volvieron todos a sus camas, incluso el hombre y la mujer que habían escapado de entre las llamas. Esta noche la pasarían así; a la mañana siguiente tomarían una determinación. Si el día amanecía claro y ellos podían levantar cabeza cara a la gente, puede que se quedaran. Pero si la nube era tan negra que bajaba hasta el patio oscureciendo, enfurecien-

do los ojos de los vecinos, el uno tendría que cargar a toda prisa su deshonor en una de las carretas que esperaban a la clientela en la plaza del barrio y huiría muy lejos de las llamas de la pasada noche. Y más lejos aún tendría que irse la mujer para curarse de las heridas del fuego.

En su compañía iría el recuerdo del patio. El cuartucho de la vieja Marigó, que vivía junto al almacén del heno, había quedado hecho cenizas antes de que llegaran los bomberos. Y por la mañana la vieja tomaría el camino de un nuevo barrio. Esperaba hallar un colchón para sus cansados huesos en casa de una sobrina suya, casada. Pero toda la noche la pasó en vela y en silencio como el Hado, que ve terminada su obra y la contempla ufano.

Desde la mañana siguiente, el patio de vecinos podría ya respirar libremente. Viviría fuera de la maléfica sombra de la vieja. Nadie le había dicho que se quedara a vivir en su pobre habitación, porque nadie quería bajo su techo el recuerdo de aquélla ni la trágica leyenda de amor que ella se llevaría consigo y que no podría olvidar no cesando de contarla como si la considerara y la sintiera ley y destino del patio.

El Cristo de los pobres

Nadie podía pegar ojo en las tres pequeñas habitaciones de Tamkabis. Nueve personas permanecían de pie aquella noche de Navidad, silenciosas y dispuestas a luchar contra algún enemigo que se diría venía de lejos a hacer daño a su casa. Ninguno se sentía capaz de dar ánimo a otro, y todos oían el pálpito de su corazón cuando cesaban los gemidos de la mujer que quería gritar y ya no tenía voz. Y su gemir no se extendía sólo a los tres cuartuchos. Salía al patio, subía a la casa de encima y a la de más arriba y luego bajaba a la calle, iba de puerta en puerta y de ventana en ventana y después volvía acompañado de la angustia y el cuchicheo de las mujeres que se estremecían, insomnes, pues sabían que no sufría un enfermo, sino que se debatía con la muerte una persona que estaba trayendo un hombre al mundo: oían la voz de su destino...

—Desde las seis está de parto la desgraciada, decía en voz baja una mujer desde la entreabierta ventana.

—¡Dios la asista! —suplicaba otra. Ella pasaba siempre este trance sin darse cuenta.

Y el gemido que no parecía salir de las ventanas bajas, sino de un precipio amenazador, de las entrañas de la tierra, se hacía cada vez más fuerte y avanzaba y llegaba más lejos, a otra casa, a otros vecinos, a otras mujeres, sobre todo, a las mujeres, a todas las mujeres del apartado barrio, que, a tiempos creían oír su propia voz, una de las voces de su vida.

El apartado barrio —fuera de Atenas y debajo de una pequeña colina que con su piedra daba cada día trabajo a una decena de obreros—, la pequeña calle de casas escasas, to-

das bajas, y dos o tres un poco altas, vivía el oscuro temporal de una noche de invierno. Desde hacía rato estaba en silencio. Ningún retrasado, ningún callejero. Había regresado incluso la afligida viuda a la que esperaban ver aparecer con las manos llenas unas almas desvalidas. Y después, nada, como si el lejano barrio fuera una ciudad medieval con sus puertas cerradas. Ni una pisada, ni un aullido. Sólo una mujer que gemía, y la oscuridad, oscuridad por todas partes, en el interior de las casas y en el interior de los hombres.

Por la mañana, el frío era más punzante, un verdadero frío navideño, y el gemido de la mujer que no acababa de dar a luz, más fuerte aún. De las casas del alrededor no tenían necesidad de inquirir noticias. Las amas de casa hacían a toda prisa sus faenas y acudían a casa de la vecina. Allí se encontraba también la criada de la casa de arriba. La habían mandado sus señoras que habían oído los gemidos, pero que no se decidieron a bajar.

Hacia las diez la parturienta quedó pálida como la cera y muda. Y la partera se mostró agitada, lo que asustó no sólo al marido de la parturienta y a su madre, sino también a los forasteros. Entonces Tambakis pasó al cuarto de los niños, de allí a la cocina y luego desapareció. A poco cuando preguntaron por él, hallaron sólo el sombrero. El hombre en su apuro no se acordó de cogerlo.

—¿Y adonde habrá ido? —murmuró su suegra y miró con desesperación a su hija.

Y su desesperación dijo más que todas las palabras a las mujeres que habían llenado la casa. Todos conocían la situación de Tambakis. Siete hijos, él, su mujer y su suegra, y para estas diez bocas, un pobre jornal. Sin embargo, iba tirando. Sólo ahora últimamente los apuros fueron mayores y los niños habían tenido que ir con los zapatos rotos. Cada tres días Tambakis no trabajaba y la semana pasada no había ido dos días seguidos.

Pero con todo, el pan no había faltado en casa. El parto no lo cogió desprevenido, así como su mujer y su suegra, desde hacía quince o veinte días. Además, su mujer salía siempre del aprieto sin darse cuenta. Y a Tambakis no le cabía en la cabeza que, después de nueve partos —se le habían muerto un chiquillo y una chiquilla—, tendría que traer un médico a casa.

Pero pasaba el tiempo y un poco antes de las once, los gritos de la parturienta se hicieron tan fuertes que bajó la anciana señora del piso de arriba. Era una mujer de edad avanzada, gorda y de lentos movimientos. Se limitó a decir un buenos días y dio a entender a las mujeres que debían apreciar su presencia allí. No se sentó en la silla que le ofrecieron. Ni preguntó nada. Esperó de pie queriendo demostrar con su actitud que no había bajado a ayudar a una mujer, sino a juzgarla.

Y no cambió de conducta ni siquiera cuando llegó el instante supremo. Las otras mujeres mostraron su angustia de mil maneras. Ella permaneció imperturbable y aguardó sin inmutarse. Y cuando a las once y media se oyó el primer «gua» del niño que venía a hacer más pobre a una familia pobre, y cuando del pecho de las mujeres acongojadas brotó un profundo suspiro, ella se tornó más severa.

—Esto es lo que acarrea la irreflexión —murmuró—. ¿No tenía bastante con tantos hijos?

Las mujeres no replicaron nada, pero le lanzaron furibundas miradas. Aquellas palabras iban dirigidas no sólo a Tambakis y a su mujer. Todas ellas eran madres y habían pasado por los aprietos de cinco, seis, siete y ocho partos. Y aquellas palabras les parecieron tanto más injustas, cuanto su hija que llevaba más de cuatro años casada, no había tenido aún ningún hijo...

Pero la cólera de aquellas mujeres no llegó a estallar. En la calle se dejó oír la bocina de un automóvil y a poco, precipitados pasos en el patio de la casa. Era Tambakis y

un anciano médico con una cartera en la mano, al parecer, pesada. Corrieron a darle la buena noticia. Aunque ya se le habían adelantado los niños del barrio.

Pasaron los dos a la habitación de la parturienta. Luego quedó sólo el médico. Tambakis no tardó en salir, y sólo entonces vio a la señora del piso de arriba. Sintió apuro de que estuviera de pie y cogió una silla y se la puso a su vera. Era imposible dirigirle siquiera una palabra y le rogó con los ojos que se sentara. Ella siguió de pie y no le dio la enhorabuena por el recién nacido, que era niño.

Entonces una de las vecinas, que se había sentido molesta por las palabras de aquélla, no se pudo contener y dijo a Tambakis:

—Debes perdonar al Señor. Se dio un poco de prisa, pues quería venir al mundo al mismo tiempo que Cristo.

—Señor Tambakis, un niño que nace en Navidad es una dicha para su casa —dijo otra, también picada, y miró a la señora que no se quería sentar.

—¡Mejor aún —corrigió una tercera vecina—, es Cristo el que ha entrado en tu casa!

Tambakis comprendió algo más por las miradas que por las «puntadas» de las mujeres.

Y con voz queda, con la voz del hombre que había vivido la oscuridad de aquella noche, dijo:

—¡Sean bienvenidos y vengan cuantos quieran!

La señora del piso de arriba, para demostrar que no estaba de acuerdo, no quiso quedarse más tiempo informándose del estado de la parturienta.

El doctor permanecía aún en la habitación.

Treinta y nueve grados con ocho décimas

Los primeros días de la gran desgracia habían pasado, el oficio fúnebre de los cuarenta días tuvo lugar en una iglesita del campo, lejos de la gente y de los prolijos parleros recuerdos que no dejan que se aleje el dolor del duelo y que se diluya en el tiempo; dentro de poco se cumplirían dos meses de la noche aquella que no parecía iba a acabar y que seguía siendo noche, aun cuando abrían las ventanas e irrumpían el sol.

Se suele decir que un cambio de vivienda no se diferencia mucho de un incendio. Pero la muerte deja tras sí no una casa incendiada, sino a hombres que no cesan de quemarse ni hallan el modo de apagar el fuego ni de recibir ayuda de nadie. Son innumerables las pequeñitas llamas de la casa: lo que gustaba a la mujer que se fue, lo que tocaba y caldeaba con el contacto de mano tibia, lo que se ponía y servía de adorno a su cuerpo, a su rostro, a sus orejas, a sus manos, adornos de la mujer que ve todo el mundo y de esa otra que fulge, en una habitación cerrada, para un solo hombre. Y este hombre había ahora quedado solo. Y sin cesar lo arreglaba todo, sin cesar quemaba sus dedos en las pequeñas llamas y no paraba de cambiar de sitio las cosas; buscaba continuamente su sitio y no lo encontraba, no daba con el sitio que les había asignado otras manos cuidadosas y amadas.

Al principio, Caterina, la pequeña sirvienta, se molestó. Con una asistenta que hicieron venir del barrio, a tres días escasos del entierro, ya había puesto en orden la casa. Primero la dejó vacía de la cantidad de sillas que habían api-

lado allí para aquel día; de las sillas, los pequeños divanes, las mesas, los cojines, las lámparas portátiles. Después arregló los dormitorios y el comedor. Y la casa quedó como estaba en sus buenos días. Caterina llevaba tiempo en esta casa y sabía bien el sitio de cada cosa como sabía también las costumbres de las personas que la habitaban. Por esto se sintió molesta, cuando después de ella, empezó su señor a hacer su propio arreglo. ¿Por qué entonces? ¿No lo había ella arreglado bien? ¿No había dejado la casa como estaba antes? Revolvía todas las habitaciones, miraba por aquí, miraba por allí para ver qué había olvidado. Tuvieron que pasar dos o tres días para que Caterina cayera en la cuenta; entonces se le fue el enojo.

—La casa está como estaba, pero el desventurado quiere hacer algo para acordarse de ella.

Y el hombre que había quedado solo arreglaba, no hacía más que arreglar, taciturno y pausado en sus movimientos. Caterina tenía razón. La casa estaba como antes. Había puesto cada cosa en su sitio. Lo mismo hubiera dicho cualquier huésped que viera el salón, las demás habitaciones, el corredor. Todo estaba como antes.

Pero a poco Caterina no llegaba a entender de nuevo. Su señor no cambiaba de sitio los muebles, ni arreglaba los sillones, los divanes, los cojines, las lámparas. Daba vueltas por las habitaciones, se paraba aquí, se paraba allá, miraba por todas partes y ponía en orden los objetos de cada cajón, de cada estuche, de cada cajita. Y registraba, todo era registrar. Al principio, registraba de día y de noche. Después sólo por la noche, después de la cena.

Solo se encontraba otra vez aquella noche que había empezado a registrar desde bien temprano. Solo, con los ojos intactos de sueño. Un alma solitaria y atormentada. Caterina, terminadas sus faenas, se fue a dormir. La casa no tenía ya visitas por la noche como si todos supieran y ninguno quisiera turbarle sus divagaciones nocturnas. Las

grandes emociones habían pasado. Y él se estaba en la alcoba de la mujer horas enteras, casi inmóvil, como otros se pasan junto a una tumba mañanas y tardes enteras, sin una lágrima más que derramar. Todo estaba en su sitio y todo lo esperaba allí dentro, mañana, mediodía y tarde, cual si nada hubiera cambiado y la habitación no estuviera deshabitada.

Había ya llegado a fijarse en esos detalles que atraen sólo la atención del que es capaz de captar el peso de un color o de un rayo solar sobre la superficie de las cosas. Por eso le pareció que algo había cambiado, que algo había sido mudado de su sitio en una mesilla baja, sobre la que había una cajita levantada por un lado. Y cuando se acercó y la alzó para ver qué había quedado debajo, vio un termómetro, de esos termómetros pequeños y finos que siempre llevan consigo los médicos y que son como cuerdecillas de cristal.

Lo tomó en sus manos, lo miró con indiferencia y fue a abrir la cajita para guardarlo dentro. Pero quedó con una mano extendida sobre la mesilla, en éxtasis, presa de repentina agitación. Le relampaguearon los ojos, le comenzaron a temblar los labios. Apretó el termómetro entre sus dedos y corrió junto a una luz intentando ver la columna de mercurio dentro del fino tubito. Pero al no estar habituado al uso de tan pequeños termómetros le costó mucho. Buscaba, buscaba el hilillo de mercurio y a duras penas lo encontró siguiéndolo desde el principio en su ascensión. Empezó en los 36 grados, y fue subiendo a los 37, a los 37.5, a los 38, a los 39.3. En los 39.8 grados se paró. El hilo de mercurio no subía más.

El hombre que después de pasar por tan grandes emociones, había poco a poco hallado la paz en sus divagaciones nocturnas, retornó de repente a sus primeros días de tristeza. Miró bien, a la luz, al termómetro, lo volvió a mirar, después lo cogió apretado en el puño. Lo mantuvo así unos minutos, pero no experimentó nada, no sintió lo que

esperaba, lo que deseaba. El cristal seguía siempre frío. Lo aproximó una vez más a la luz. Pero de nuevo señaló 39.8. Lo miró entonces furioso, lo apretó en el puño presa de agitación, pero no recibió la respuesta del termómetro en sus 39.8 grados que él esperaba caliente como una diminuta caldera en continua ebullición, y se sentó en una silla. Estaba junto al tocador de la mujer desaparecida y apoyó la cabeza sobre el cristal entre frascos de perfumes y de polvos, entre infinidad de tarros, estuches y cajitas y sintió los 39.8 grados que no le daba el mercurio.

Recordó, recordó las últimas noches de agonía, la fiebre que no quería bajar; sentía ahora aquel cuerpo que ardía y el termómetro que de media en media hora iba midiendo aquella tormenta y anotaba su lucha con la muerte, que registraba su límite de resistencia y lo ponía ante las miradas ensombrecidas de los médicos y ante la espera angustiada de un esposo que no podía, que no quería aceptar que había llegado el fin. Aquella temperatura la había tomado cinco, diez, veinte veces; la había tomado incluso después de haberse ido los médicos y cuando la enferma no esperaba ya nada de nadie. Esta vez el termómetro había guardado en su tubito de vidrio el más vivo recuerdo de cuantos poseyeron su esposo, parientes y amigos. Dentro del tubito quedó la temperatura de la mujer que libraba con la muerte su última batalla; quedó su ansia de vida, su respiración entrecortada, las palabras que apenas se le oyó musitar, su último adiós.

Cuando pudo levantar la cabeza del cristal del tocador, cogió una cajita de forma alargada, metió en ella cuidadosamente el termómetro con sus 39.8 grados, y esperó. En la casa no se percibía ni un ruido, ni ún movimiento. Fuera la noche solitaria, completamente sola. Ni un transeúnte, ni una rueda que denunciara en el silencio el canto de una máquina, ni el resonar de una herradura poniendo sobre la calzada el ritmo recio y grave de otro tiempo.

Miró al reloj. Se levantó y de nuevo volvió a dejarse caer en una pequeña butaca, habituada a llevar la belleza y la felicidad de una mujer joven, pero no ciertamente el peso insoportable de un dolor silencioso.

Le quedaban aún muchas horas a la noche. Pero lo había resuelto. Permanecería hasta la mañana siguiente en la pequeña habitación. Oía incesantemente y cada vez con mayor claridad, las más verdaderas voces de su mujer, las palabras que dejó escapar, que había dejado que se llevara consigo a otro mundo.

ÍNDICE

La última noche de la tierra	7
Ciudad muerta	21
El baile de un palikari	31
Luces en el mar	43
El patio embrujado	51
El Cristo de los pobres	59
Treinta y nueve grados	63

